

LOCURAS DE AMOR Y DE MUSAS

María Rosa Palazón*

A las palabras de amor/les sienta bien su poquito/ de
exageración (Antonio Machado, «Canciones XI»).

Actualicemos lo dicho por Platón de las dos especies de locura. En una, la mala, el yo herido intenta protegerse de los ataques de los perversos que, ejerciendo su poder de dominio, le han negado el derecho a ser libre y feliz, victimizándolo con el inmoral pragmatismo que trata al otro, al amenazante distinto y rebelde, como un medio y nunca como un fin, hasta que este yo, confundido y perplejo, se aísla del mundo entre las murallas protectoras del repetitivo delirio, en una vaciedad que le carcome el seso y desnata el entendimiento (*D.Q.*, II, XLII), dice Miguel de Cervantes, para acabar hundiéndolo en el solipsismo, en un incomprensible discurso que ha cortado los lazos comunicativos. Tal es la locura que, dice Erasmo, sube de los infiernos cada vez que las Furias lanzan su cabellera de serpientes, con su petrificante mirada psicótica. Sólo se puede intentar atajar la carrera hacia la nada de este yo infeliz, ofreciéndole los maravillosamente placenteros momentos del amor, del juego y de las lúdicas artes, actividades colectivizantes o participativas.

El difuso por difundido poder de dominio, que clava en el yo las saetas del remordimiento y de la culpa, minimiza la rebelión de la “oveja” extraviada con el ardid de llamarla loca, desadaptada, a-normal,

o fuera de la norma, como le ocurrió en esta histórica Edad de Hierro al alma noble y generosa, luz y espejo que adornó la Mancha (*D.Q.* I, LII), del calvatrueno y cincuentón Don Quijote, un loco bizarro, con abundancia de lúcidos intervalos (*D.Q.* II, XVIII) y muy comedido, excepto cuando interpretó algunas circunstancias bajo indicadores de las novelas de caballería (*D.Q.* I, XLIX). Sí, Don Quijote fue sobajado por muchos de sus contemporáneos en esta Edad en que crujen los damascos y bordados, triunfa el vicio sobre la virtud, y la presuntuosa arrogancia sobre la autenticidad. Edad que ha impuesto la redundante fiebre de la guerra, la sed del oro y de los negocios, o negación los creativos ratos de ocio, llevándonos cada día más a un ritmo de vida frenético y atolondrado. Edad de un metal que, a diferencia del oro, se corrompe, porque en su orden insano se estimula a quienes compiten, recelan y envidian, obligándonos a defendernos de sus triquiñuelas. En esta etapa histórica del hierro, todo idealista es blanco de ataques inmisericordes, de los cuales saca, según fórmula simbólica cervantina, una oreja de menos, las persecuciones y castigos de la gente soez y mal nacida (*D.Q.* I, XXXVIII) que milita en fuerzas represivas como la Santa Hermandad (*D.Q.* I, X), o saca el menosprecio de sus verdades como sandeces y chanzas intrascendentes, dignas de risa y de lástima. En suma, según el mito que reproduce Platón en el *Fedro*, es la Edad en que el cochero del

* UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas.

alma ha soltado las riendas al caballo resabiado, adulator, falaz, disparejamente compuesto, grueso de testuz, sanguinario, insolente, duro de cerviz y obediente al látigo.

Pero el “alma de cántaro” de Don Quijote no tuvo nada de bellaca, artificiosa (*D.Q.* II, XII) ni mentecata, sino “mucho sal en la mollera” que lo hizo un razonador discreto y tan creativo o poeta que todo lo alcanzó o supo (*D.Q.* I, XVIII y II, XVII). Fue un vehemente loco de amor por voluntad propia. Estuvo tan fuera de los usos de su tiempo (*D.Q.*, II, XX) y del nuestro que, funcionando como un juego de espejos, enquistó la vida y nuestra loca parte bella o virtuosa, más perseguida por los malos que querida por los buenos (*D.Q.* I, XLVII). Juego de espejos porque sabemos, con Platón, que los mayores bienes son dones nacidos en los accesos de locura. El cochero del alma de Don Quijote dio rienda suelta al caballo de figura esbelta, de miembros equilibrados, ligeramente aguileño, erguido de cerviz, mesurado y pudoroso, que bebió néctar y ambrosía.

Y esta caracterización nos lleva a la otra especie de locura, la buena, o transformación divina de los comportamientos habituales. En el *Fedro*, Platón la divide en cuatro: la de Apolo o adivinadora. La de Baco, o iniciadora en los misterios. La poética o inspiración de Musas. Y la de Venus y Eros, madre e hijo, a la que otorga supremacía (*F.*, 140). Centrémonos en las dos últimas y en su mutua dependencia.

Hace ya mucho, en los sagrados inicios, escribe Platón, las cigarras trajeron el canto con placer tan fuerte que cantando y cantando se descuidaron de comer. Al morir, las Musas, en particular las canoras Terpsícore y Erato, inspiraron a los músicos y a los límpidos cantos amorosos de los poetas, los amantes de lo bello (*F.*, 116) que con su arte maniática saben atisbar la belleza. “¿No ves que a poder de las Ninfas, a las que de intento me entregaste, llegaré a caer en verdadero trance divino?” (*F.*, 103). Y saben porque “sólo a la Belleza ha caído la suerte de ser lo más esplendoroso y lo más amable” (*F.*, 117). La fórmula platónica es, pues: el amor es una clase de apetencia por lo bello orien-

tada por el placer, que entre poetas cantores significa cantar afinadamente y saber escuchar el afinado canto o el límpido timbre de las Musas canoras (*F.*, 95), porque no hay el poeta primero, o primogénito, y los segundones, sino arte y no arte.

Cierto, hay efímeros relumbrones poéticos que Platón compara con el labrador que durante el verano en el jardincillo de Adonis sembraba en cestillos, vasos y conchas. En ocho días brotaban unas plantas para gracia de la fiesta, simbolizando con su prematuro final el del hijo amado de Venus. Un poeta que ama su oficio siembra en terreno apropiado, dejando que la sementera llegue a su sazón en el jardín de las Letras, sin que escriba en agua negra discursos impotentes. Al menos él se deleitará con sus brotes, que nunca son meros refrigerios, sino palabras que se bastan a sí y fecundan, a su tiempo, a otras semillas. Abro un paréntesis que invita a meditar. Este símil entre el poeta, versificador o prosista, y el jardinero me hace pensar en aquella apostilla de Diótima, recogida en el *Banquete*, contra la elitización de las artes libres: “sabes de buen saber que poesía es algo polimorfo, que toda causa que haga pasar una cosa cualquiera del no ser al ser es poesía, de modo que las manipulaciones de todas las técnicas son poesía, y los menestrales, poetas” (*B.*, 205, C). El amor a lo que se compone para el otro hace poetas (*B.*, 197, A). En este sentido, el amor es la excelsa fuerza de lo que llega a bien.

La composición de la prosa o del verso necesariamente tiene una parte de razonamiento y otra de azaroso trabajo juguetón que revuelve las palabras, uniéndolas o separándolas (*F.*, 162). Combinación que impide que se fuerce al amante de las palabras a decir lo que se le exige por encargo. Ha de permitirle que espontáneamente constituya su discurso como un ser vivo duradero, o convenientemente armonizado en sus partes medias y en sus extremidades. Jamás como un discurso sin pies ni cabeza. Un poema es un canto que, igual que las afeciones del alma, se entrega como un todo, como lo inseparable e inalterable.

Desde que nació el Amor, andan las cosas de los

dioses por manera de la Belleza (ibid.). Nieto de Inventiva, es rico en tretas y recursos. Es don que sorprende y admirable gracia magnificente.

El amor no es cordura. Tiene mucho de intemperancia “multiforme, plurívoca y plurimembre” (*F*, 97) que arrastra. Erasmo observa que los amantes andan tan fuera de cabales que desvarían sin poder contenerse. Bajo las flechas de Eros las cosas que antes parecieron insignificantes se miran adorables. Por desvaríos de amor, el amado es la persona más gallarda, honesta sin tacha, y la más hermosa del universo. Calificativos que infunden valor al amante y lo ayudan a sobrevivir. Hacer de Aldonza Lorenzo, la mejor saladora de puercos de su región natal, según informa una voz omnisciente, una Dulcinea, nombre sonoro de gran dama, sólo quiere decir que Don Quijote está enamorado. Igual que su amor por Rocinante, su maltrecho animal compañero, lo transforma en un corcel tan magnífico como el Bucéfalo de Alejandro o el Babieca del Cid. Sin embargo, las flechas empapadas de las sustancias delirantes de Eros caen estrepitosamente donde se coarta la felicidad y el engrandecimiento del supuesto amado o amada. Y esto porque amor y belleza son libertad y respeto. Donde hay fealdad, no hay amor. La fealdad es lo moralmente pequeño e inconfesable. Lo siniestro que nace muerto. En cambio, la amorosa Belleza engendra vida contra el oprobio (*F*, 142) y deshace la incuria. Entre amantes, la malevolencia, los celos, la envidia, el aislamiento del otro o de la otra, para que sea la huérfana cosecha para uno solo, y demás feas artimañas que tan sólo son espectáculos de la pequeñez. En la pareja, el dominante que, motivado por su inseguridad, emula el aprecio que tienen los lobos por los corderos fuerza al otro a la pasividad, manteniéndolo en estrecha vigilancia, y llenándolo de reproches que díscolamente aminora con elogios extemporáneos. El dominante, según Platón, acaba siendo la molesta y dañina sobrecarga de un desertor del amor que obliga a su víctima a regresar a sus cabales, a poner en el fiel de la balanza, por un lado, lo volátil del amor, la presteza del amante de hacer al amado gracia de sí en obras y palabras (*F*, 87), o sea, la querencia cum-

plida. Y por el otro, la pesadez que le está cayendo encima. Además, lo invita a hacer efectiva la inscripción del Templo de Delfos que rezaba “Conócete a ti mismo” con la pregunta ¿cómo, creyéndome vencido por el amor, he logrado ser vencedor de mí mismo? En la pareja, la prenda segura de lo venidero es, pues, conservar para siempre la gratuidad, el don. Sócrates invoca una plegaria a Pan para que la belleza interior consuene amigablemente con las pertenencias exteriores, porque “entre amigos todo es común” (*F*, 163). Así, Don Quijote no amó a Dulcinea como un pedigüño de fama, de vanagloria y del lucimiento por tener la compañía de alguien en la “edad en flor” (*F*, 90), según expresiones platónicas, sino que la vio cuatro veces y durante una docena de años la amó en silencio, con una lealtad inquebrantable. Pero no creo que el suyo fuera un amor casto. Unamuno me ha convencido. En un hombre que en aquella época histórica frisaba la vejez, sus sentimientos tuvieron una fuerte carga de sensualidad. La continencia no borró el deseo carnal, sino que cerró sus labios con un sello de bronce (*Vida de Don Quijote...*, 226).

En las últimas líneas he insinuado que, así como Sócrates me parece muy ciego a las simbologías cuando acusa a los mitopoetas de inventar las desconcertantes y “nefastas” fantasmagorías de los Hipocentauros, la Quimera, las Gorgonas, los Pegasos y otros “esperpentos” (*F*, 85), se olvida, asimismo, que no sólo las composiciones poéticas y las almas son un todo o un inseparable sistema, sino también que el amor es apetencia, y esto porque somos unidad viva de cuerpo y alma. La querencia corporal de los amantes no está reñida con su amistad. No, no hay un Eros alado en ascendente marcha hacia las alturas, o casa de los dioses, encarcelado en un pesado cuerpo percedero. Ciertamente que hay un mortal Eros demonio, emparentado con Expedito y Apurada, esto es, pobre y necesitado de complemento sexual. Pero ese Amor II no es descendente, alejado de la fecundidad creadora del Amor I, hijo y padre de la Venus celestial. Es la otra cara de la moneda llamada vida.

Tampoco el amor a las ideas logra tan sólo me-

diante las facultades innatas acceder a un conocimiento, porque entonces se limitaría a ser re-conocimiento. Los herederos de las cigarras, o versificadores, alcanzan el manejo de las técnicas poéticas, con su faceta sintáctica y semántica, escuchando al otro, aprendiendo mediante el diálogo con el otro y lo otro, reconociendo que sabe que no sabe todo.

Por último, hablemos de que los disparos del amor sobre lo bello van a clavársenos en el alma, según expresión de Demócrito citada en el *Banquete*, ejemplificando el asunto con las virtudes de Don Quijote, una bella persona que, como Sancho Panza, hemos llegando a querer como a las “telas” de nuestro corazón (*D.Q.*, II, XIII). Don Quijote personifica el amor que también es superabundancia gratuita —graciosa—, magnificencia o don de sí. En su naturaleza, en sí, el amor caridad es un don, un regalo. Un prodigio que desconcierta a los mismos dioses (*B.*, 198 A). Porque, dirá Plotino, brota del Uno, del Dios que, para Erasmo, en sus raptos de sabia locura reparte bienes sin pedir a cambio ofrendas ni ceremonias. Pero no hemos de mirar tan alto: la loca o anormal parte bella de nosotros mismos, basándose en su autoestima —porque únicamente es ruin quien por ruin se tiene (*D.Q.*, I, XXI)—, o centrada en el yo, en su obrar se polariza o descentra. Tal es la “fineza del negocio” de quien ha decidido volverse loco y desatinar en toda ocasión, a sabiendas de que en esta Edad de Hierro irá por lana y volverá trasquilado (*D.Q.*, I, VII) porque la mayoría de sus empresas le saldrán torcidas (*D.Q.*, I, L). La locura de amor del utopista por decisión propicia que su acción concuerde medios y fines. Y que él sea valiente, liberal, sincero y veraz, y esto último porque esta clase de locura evita lo más posible que seamos el actor teatral que con una lengua dice la verdad, y con la otra lo que le conviene. También esta quijotesca o amorosa parte bella de nosotros es amante de lo justo y enemiga de las perversiones clasistas, sexistas y racistas, ávidas de poder de dominio, porque, al fin, una bella persona desnuda nació y desnuda se halla, de modo que ni pierde ni gana (*D.Q.*, II, VI). En resumen, una bella persona

se esfuerza por estar fuera del pragmatismo instrumental, tratando al otro como fin y no sólo como medio.

Desgraciadamente, Cervantes deja en al aire el pútrido aroma de la muerte. Es decir, la victoria de Tánatos. La recuperación de la salud mental de Don Quijote, su regreso a la sensatez, es señal inequívoca de que lo está acabando la melancolía o depresión. El epitafio de ese hombre de bien, de esta maravillosamente ejemplar bella persona, fue “morir cuerdo y vivir loco” (*D.Q.*, II, LXXIV). Por lo tanto, señores y señoras con alma de poeta, sólo me resta hacer votos para que Eros, Venus y las Musas los sigan agraciando con sus locuras.

Bibliografía

- Cervantes Saavedra, Miguel de, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha I y II*, ed. John Jay Allen, México: 1ª reimp. Rei-México, 1994 (Letras Hispánicas).
- Erasmo de Rotterdam, *Elogio de la locura*, trad. F. Álvarez. 4ª ed. Diana, México: 1961.
- Foucault, Michel, *Historia de la locura en la época clásica*, trad. Juan José Utrilla, 6ª reimp. FCE, México: 1989 (Breviarios, 191).
- Kant, I., *Crítica del juicio*, trad. Manuel García Morente, Espasa-Calpe, Madrid: 1977.
- Klein, Melanie, *Obras completas 3. Envidia y gratitud y otros trabajos*, trad. V.S. de Campo, D. Dubcovsky, V. Fischman, H. Friedenthal, A. Korembli, D. Liberman, R. Malfé, M. Rosenblatt, N. Watson, S. Zysman, R.E. Money Kyrle (del prefacio) y Adolfo Negroto (de las notas aclaratorias), Paidós, Barcelona: 1994.
- Platón, *Diálogos. Hipias Mayor. Ión. Fedro*, introd. [y versión] Juan D. García Bacca. UNAM, México: 1965 (Col. Nuestros Clásicos, 29).
- , *Obras completas. Banquete. Ión*, versión, introd. y notas Juan David García Bacca, UNAM, México: 1944 (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana).
- Plotino, *Selección de las Enéadas*, s/t. México: UNAM, 1925.
- Unamuno, Miguel de, *Vida de Don Quijote y Sancho*, ed. Alberto Navarro, Catedra, Madrid: 1988 (Letras Hispánicas).